

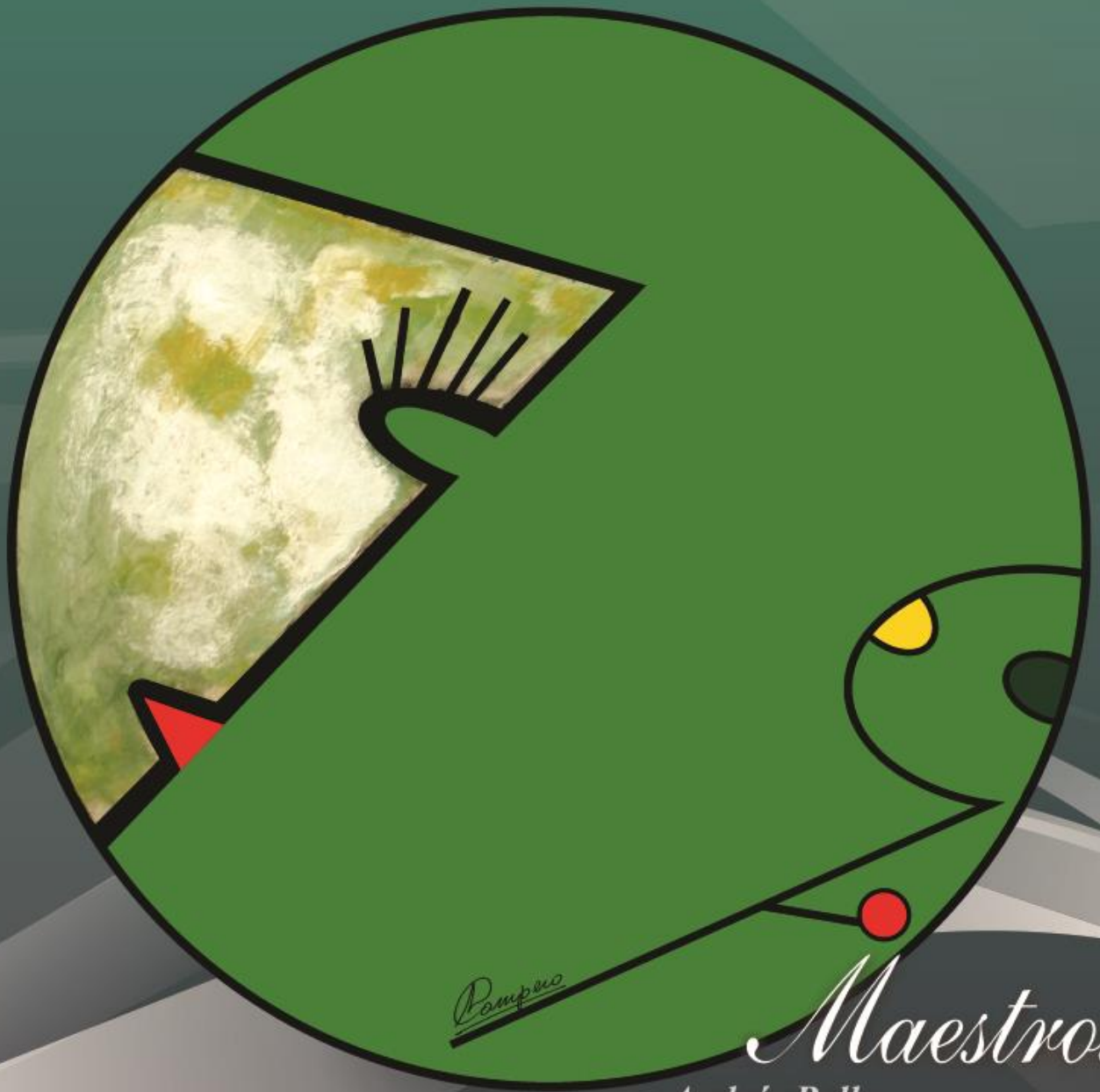
Año 2 Número 3 - Enero 2015



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Umbral

Revista Literaria



Maestros

Andrés Bello
Macedonio Fernández
Unamuno
Fernando Figueredo Iramáin

Colaboraciones:

Marino Liso Naida Saavedra
Francisco Vernet Víctor Alex Hernández
Ignacio López Sebastián Arismendi Silvia Campero
Don Srtxema Henry Govani Aguiar Sanchez

Fin de año

Esta es la segunda vez que digo ¡Feliz año nuevo! portando el emblema de la Sociedad de Autores Independientes. Cuando iniciamos este proyecto en septiembre de 2013 no me imaginé que estaría saludándolos a todos ya en 2015. La sociedad ha ido evolucionando y tomando su propio rumbo a través del tiempo que ha transcurrido y es para mí un placer ver su desarrollo. Se ha ido tornando hacia un grupo abierto y receptivo asentando sus propias bases sobre la premisa del trabajo constante.

Asimismo hemos intentado poner en marcha algunas ideas, de las cuales algunas no han tenido éxito por lo mismo que mencionaba en el párrafo anterior: la propia sociedad ha delineado los canales por los cuales debemos encausar los nuevos proyectos. De este modo hemos iniciado la sección "Relatos en serie" que está dando de qué hablar ya. Desde el momento en que pusimos en marcha el proyecto recibimos gran respuesta y los autores han mantenido la calidad y perseverancia en la entrega de los textos seriales.

El año 2014 ha sido de gran satisfacción tanto para Eric J. Lagarrigue como para mí. Más autores se han unido a la familia de SAINDE y han colaborado con sus textos y difusión en las redes sociales. Por otro lado dimos un cambio de imagen a la página web de la sociedad y hasta cambiamos de servidor. La forma como la asociación se estaba perfilando ameritaba la implementación de una herramienta más simple, de un manifiesto más corto, de un menú más conciso y directo. Así pusimos en funcionamiento www.sainde.net, dominio que ha dado como resultado una lista de buenos comentarios y felicitaciones.

Del mismo modo y como parte del refrescamiento de imagen, el logo de la sociedad cambió, incluyendo ahora una clave de sol, una rotativa cinematográfica. Estos elementos apuntan hacia la apertura de la asociación a autores no solo concentrados en producir narrativa y poesía sino en componer, en hacer guiones. Igualmente SAINDE ha abierto sus puertas a artistas gráficos. Muestra de ello es la incorporación de obras de pintores

asociados en las portadas de esta revista, Umbral.

El año 2015 se vislumbra como otro lleno de éxitos, siempre liderado por la propia vida que SAINDE ha cobrado. A modo particular creo en los textos orgánicos, en los que el autor se convierte en un instrumento y donde la propia trama o la propia voz rompe con las barreras que lo rodean y se posiciona como una entidad independiente. Así sigue su rumbo la Sociedad de Autores Independientes, de forma viviente y armónica. Los invito a formar parte de este rumbo. Estén pendientes de los proyectos que les tenemos preparados para este año 2015.

¡A seguir produciendo historias!

Naida Saavedra

Editorial



Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Año 2 - Número 3 - Enero del 2015

Dirección general:	Naida Saavedra
Corrección y estilo:	Eric J. Lagarrigue
Composición y diseño:	Eric J. Lagarrigue
Imagen de portada:	Silvia Campero

Colaboradores de esta edición

Marino Liso Naida Saavedra
Sebastián Arismendi Don Srtxema
Francisco Vernet Victor Alex Hernández
Ignacio López Henry Govani Aguiar Sanchez

Contacto: revista@sainde.net

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores. Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (Naida Saavedra) 1

Cuentos

Kavafis parte II (Marino Liso)..... 3

La Forastera (Ignacio López C.).....14

Un último trabajo (Ignacio López C.).....17

Sé lo que quieras ser
(Víctor Ález Hernández).....21

Tres cuentos reales (Naida Saavedra).....25

Acompáñame (Henry Govani Aguiar Sanchez)..28

Poesía

De entre sombras (Francisco Vernet) 10

Hojarasca (Francisco Vernet) 12

Danza (Cachalote (Sebastián Arismendi)) 19

Nunca hoy (Cachalote (Sebastián Arismendi)) ... 20

Mi príncipe azul (Don Srtxema) 26

Maestros

Las ovejas (Andrés Bello)..... 29

Y va de cuento (Miguel de Unamuno) 31

Canción del derrumbe indio
(Fernando Figueredo Iramain) 35

Artificios (Macedonio Fernández)..... 37

Misceláneas

De nuestra portada - Silvia Campero
(Editorial)..... 38



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

Kavafis

Segunda parte

Rápidamente fui a por la siguiente inscripción en el libro.

Dépuis le Grand Theatre de l'Opera, cherche la mer troisièmme à droite et deuxiemme à gauche.

-No. No. Ahora no vas a ir a Barcelona por esto -pensé-. Estás muy ocupado. Además, esto es una locura. Te están tomando el pelo.

Por otra parte, yo quería que todo fuese cierto, que fuese como en una película de intriga. En definitiva, estaba ilusionado.

Mi mente no paraba de barajar los pros y los contras, lo lógico y lo absurdo.

El caso es que, involuntariamente, me notaba sonreír. Estaba motivado y decidí seguir adelante.

Al día siguiente, que era viernes, reservé una habitación para el sábado en un hostel del centro de Barcelona.

Durante mi trayecto, en tren, mi mente funcionaba con una velocidad endiablada, imaginando todo lo imaginable y creando situaciones verosímiles que pudiesen ocurrir. Me dolía la cabeza y después de tomarme una aspirina, me quedé dormido.

En la maleta llevaba lo imprescindible para el fin de semana y el libro de Kavafis.

Llegué al hostel a las doce y media. Me di una ducha y me fui a la calle con la intención de buscar un sitio donde comer algo. Después, bajé, Ramblas abajo, hasta el Liceo. Mirando hacia el puerto, conté tres calles a la derecha y luego dos a la izquierda. Por el camino iba pensando que no iba a encontrar nada, puesto que no tenía una referencia concreta ni un número. Cuando doblé la última esquina, me encontré una calle muy estrecha donde no cabía un coche. Me detuve un momento y me puse a buscar algo que pudiera llamar mi atención. No había tiendas, ni bares. Solo había edificios de viviendas de muy baja calidad. Las puertas de los portales

estaban abiertas y la gente que circulaba eran, en su mayoría, inmigrantes y gitanos. De pronto apareció. Colgando del balcón de un tercer piso había un cartel grande. En colores muy vivos y letras grandes pude leer PENSION ITACA.

Estaba aturdido y hasta un poco asustado. La cosa iba en serio y ya no había marcha atrás. Tenía que continuar. Me fumé un cigarrillo en la calle, junto a la puerta. La gente que pasaba me miraba como a un bicho raro. Estuve unos minutos pensando en lo que iba a decir cuando subiese al tercer piso, pero no se me ocurría nada.

Al fin, me decidí a subir. El ascensor era muy antiguo y destartado. Al llegar a la tercera planta vi otro cartel pequeño en el que ponía Pensión. Toqué el timbre y en seguida abrió una señora de unos sesenta años.

-Buenas tardes -me dijo-. ¿Quiere una habitación?

-No, señora. No quiero habitación. La verdad es que no sé cómo explicarle porqué estoy aquí, pero es que no lo sé.

-Ahhhh, usted viene de Zaragoza, ¿no?

-Sí. ¿Cómo lo sabe?

-Le estaba esperando, desde hace un par de días. Pero, pase. No se quede ahí que por aquí no anda muy buena gente. Siéntese aquí un momento.

La señora se fue pasillo adelante y se metió en una habitación. Yo me sentía confuso, sin saber lo que iba a pasar, pero esperé sentado. Pronto salió la señora con un sobre en la mano. Era un sobre negro, tamaño cuartilla.

-Pero antes me tiene que enseñar el libro. Son las instrucciones que tengo.

El libro lo llevaba en mi bolso y lo saqué.

-Sí. Sí, es un libro verde, como me habían dicho. Esto es para usted.

Intenté pedirle alguna explicación. Le supliqué que me dijese quién le había dado ese sobre y que me diese alguna pista por pequeña que fuese, pero no hubo manera.

- Yo soy una mandá. A mí me han dicho que le entregue este sobre y chitón. Así que buenas tardes.

Me acompañó hasta la puerta sin decirme nada más y nos despedimos.

Pensé en irme al hostel para abrir el sobre, pero la curiosidad me quemaba por dentro. Me paré en una terraza, junto a las Ramblas y pedí un refresco.

Abrí el sobre con cierta ansiedad, esperando encontrar una explicación que colmase mi curiosidad. Dentro había una hoja de papel con un poema. El poema no era del libro de Kavafis. No me sonaba de nada. Lo leí varias veces.

El gozo duró tan...tan poco tiempo...
Noches tan escasas de dulce lujuria,
lágrimas, pudor, dolor e inocencia
arruinaron todo el amor que tuvimos,
puro aquel amor que nos fue otorgado
la mañana misma del sutil encuentro
antes de un otoño, lejano y confuso.

Zarpó nuestro barco sin estar los dos.
Allende los mares vagaste tú solo
donde quiso el viento lento y caprichoso.
Estuviste lejos tanto, tanto tiempo....
las noches, los días, los meses, los años.
Me dolieron tanto tan largas ausencias,
esperando siempre tu regreso a puerto,
recordando en vano tus besos, tus versos
como adolescente, tímida y perdida.

Adoré al becerro esperando verte.
De noche, en mis sueños, caíste en mis brazos.
Otros son los brazos, los que te tuvieron
durante estos años perdidos. Tu sabes
el dolor inmenso que he sentido y siento.
Lucharé esta vez por subir a bordo

con todas mis fuerzas. ¿Me echarás un cabo
la noche cercana de tu reencuentro?
Otra vez seré yo quien te dé aliento
todas las mañanas, las tardes, las noches...
Aquellas tertulias volverán, sin duda.
me darás el dulce sabor de tu boca,
el calor ardiente del lecho añorado
durante los años que duró el exilio.
Intensos placeres saciarán mi cuerpo.
Acabó la espera. Se acerca el destino,
navegante mío. Ya siento que llegas,
otra vez lo siento. Ya sueño contigo
cada vez que cierro mis ojos cansados.
Hasta pronto. Vuelve, deseo, cumplido.
Estaré esperándote esta vez, amigo.

Los versos acabaron gustándome. Volvía al hostel y los iba leyendo por la calle. No entendía nada. Parecía que iban dirigidos a mí. Pero ¿Quién podía dedicarme esas palabras?

Cuando llegué, eran las cinco de la tarde. Me tumbé en la cama boca arriba y me quedé así durante largo rato, pensando lo que podría significar esa misiva. Estaba claro que me había perdido. Leí otra vez el poema, pensaba en alguna amistad de mi adolescencia o de mi juventud aquí en Barcelona, pero no lograba argumentar nada razonable. Me quedé dormido.

Cuando desperté eran las siete y media de la tarde. Se estaba haciendo de noche. Sentí una fuerte sed y decidí bajar a tomar algo fresco a la cafetería del Hostel. Cuando volví a la habitación, saqué el portátil de la maleta y lo enchufé. Comprobé que había wifi en la habitación.

Introduje los primeros versos en un buscador, sin obtener ningún resultado. ¿Es posible que alguien haya podido escribir estos versos pensando en mí?- pensé- ¿Quién podrá ser?

Así estuve hasta las ocho y media. Decidí salir a dar una vuelta y buscar un sitio para cenar. Cuando iba a abrir la puerta, se me

ocurrió mirar otra vez el libro de Kavafis, con la intención de ver la siguiente anotación escrita a mano, por si me daba alguna pista antes de abandonar. Casi a mitad del libro había una frase en español:

Solo importa la primera letra de cada verso.

¿Qué quería decir esto? Miré las primeras palabras del poema que había debajo, las escribí en un papel aparte, intenté ordenarlas, pero no me salía nada que tuviera algún sentido. Entonces fue cuando tuve la idea de hacer lo mismo con los versos que había en el sobre y ahí es donde encontré la clave.

Enlazando las primeras letras de cada verso y escribiéndolas al lado descifré el mensaje.

En la plaza del mercado del Clot a medianoche.

O sea, " En la Plaza del Mercado del Clot a medianoche".

No me había perdido. Estaba contento e ilusionado de nuevo. ¿Sería una cita?

El caso es que me senté en un restaurante y me puse a cenar.

La primera persona que pasó por mi mente fue mi ex mujer, pero la descarté, ya que era muy reciente. Pensé en varias amistades que había tenido antes de casarme. Pensé en Amparo, pero enseguida me di cuenta de que ella no era capaz de planear esta trama, ni mucho menos escribir ese poema. También pensé en María José y en Carmen, pero no se me ocurría nadie más. Mientras cenaba, iba repasando mentalmente los episodios que recordaba de mis largos años en Barcelona, durante mi juventud.

También pensé en la cita. En acudir, en no acudir. Lo tenía claro. Por supuesto, que iría al lugar indicado y a la hora exacta.

Como tenía tiempo más que suficiente, volví al hostel, me di una ducha y cogí el libro de Kavafis.

Eran las once de la noche. A pesar de la distancia, decidí dar un paseo hasta el barrio del Clot. Caminé por Gran Vía durante tres cuartos de hora. Al llegar a Glorias, subí por meridiana hasta el barrio del Clot. En la

Plaza del mercado había una terraza de bar, con bastante gente sentada. Allí me senté y pedí un café. Eran las doce menos diez. Estaba un poco nervioso, pero ilusionado.

Saqué el libro de Kavafis y vi, en la última página, una frase en latín.

Amicus certus in re incerta cernitur.

Detrás de mí, se oyó una voz suave

-Un amigo en la necesidad es un amigo de verdad.

Era la traducción exacta.

Me volví y vi a una mujer, más o menos de mi edad, toda vestida de negro, con buen aspecto. Sonreía y me miraba. Yo no la reconocía.

-¡Hey, Marino! ¿Cómo estás?

-Bien. ¿Quién eres?

-Antes, solo con hey me reconocías.

Entonces caí en la cuenta. Era Sandra, mi amiga del alma cuando tenía veintitrés años, que trabajaba junto a mí en la oficina de Telégrafos. Ella, a través del teletipo, siempre escribía hey y yo sabía que era ella.

La abracé durante mucho tiempo y ella temblaba sin despegarse de mí.

-Solo podías ser tú. No sé cómo no he caído antes en la cuenta -le dije.

Charlamos largo rato sin parar. Nos contamos la vida de los más de treinta años que llevábamos sin vernos. Ambos estábamos ilusionados.

- Te busqué y sabía que me seguirías -me dijo-. Eres el mismo soñador de entonces.

Pasamos la noche por distintos locales de Barcelona, hablando y riendo, hasta que, de madrugada, se vino al hostel conmigo.

Ese día cambio todo mi universo. Me sentí joven y alegre en todos los aspectos.

Todo fue gracias a un libro de Kavafis. Yo había descubierto a este autor, junto a ella, en aquellos años.

FIN



Marino Liso

Erla (Zaragoza), España, 1958

Con esta, la segunda entrega del cuento Kavafis, celebramos el constante apoyo de Marino Liso hacia SAINDE y la revista Umbral.

Esperamos que hayan disfrutado del talento de este gran autor.

Muchas gracias Marino.

De entre sombras

Entre el día o la noche...
La luminiscencia juega un movimiento minúsculo,
Que se confabula con el escondite, y el resguardo.
En ocasiones... amplio
En ocasiones... diminuto
Dentro o fuera
Arriba o abajo
Una grieta... lleva a una cueva,
Una hendidura... ¡lleva a un abismo!

Entre el día y la noche,
La luminiscencia es un arquetipo de solfeo...
Una pauta que infinitamente lenta se mueve,
al compás de un tiempo que transcurre,
a la comparsa de un... sortilegio.

Tick - tack
Tick - tack
Tick - tack

Que acomoda variaciones infinitas, de coplas y
cantatas...
En donde se armoniza la longitud, o bien, la mínima
amplitud de una sombra,
En un reflejo... ¡en una copla!

De entre sombras,
es entonces, la magia del crepúsculo o del alba,
En donde un sin fin de matices, dan vida a eternos
seres que viven de la imaginación, y por la
imaginación, misma que recrea el movimiento de tus
labios...

De tu cuerpo...
De tu atardecer...
De tu cabello dibujando figuras en el aire...
De tu silueta... dibujando las curvilíneas texturas,
que tú sombra imagina...

De entre sombras...
Cercano te sigo,
Cercano te acompaño,
Entre hendiduras,
Entre grietas,
Jugando entre valles y crestas,
Entre cuevas y boquetes,
Entre abismos y mares...

De entre sombras...
Te adoro...
Te contemplo...
Te acaricio con ternura,
Te sigo...
¡Te cortejo!



Francisco Vernet

México D.F. - 1964

Hojarasca

Toda broza en su comienzo...
un suave susurro,
que nombra y escoge,
y que a cada hoja imputa un sello a manera de letra,
que en la ventisca levanta nombres,
y acomoda en patrones... incontables significados,
a veces oscuros,
a veces trinos,
a veces truenos,
que al mendigar de añoranzas, entre imágenes intensas
describen desde la taciturna muerte de la libélula,
hasta la deseosa entrega de la noche,
en un sinfín de alegrías, y un sin tonar de pecados.

Broza en prosa,
brozas en verso,
cantata de incontables matices,
mal versos ritmos que acompañan la campiña,
que a bote de tambor batiente,
y a cañonazo limpio, empujan tu llegada,
imponiendo tu letrada fila de lugartenientes,
entre comas y puntos,
a cuesta de pluma y tinta; de nombre cortés y de apellido
inmaculado...

En tiempo de idilio,
en tiempo de avance.
Broza multicolor,
a contraste de tiempos y en contraste de tonos,
insinuando proclamas,
invitando revoluciones,
de entre giros y piruetas,
a las letras mataste,
fusilando a palos,
dibujando cartoneros,
esbozando entre líneas, verdades eternas achispadas de
infortunios,
verdades embriagadas de amores escondidos,
ebrias de amores a medias, entre medias y otras medidas
mundanas,
de escribanos mudos,
de lectores ciegos,
de juglares arrítmicos,
de solitarios desgarrados en tirones de melancolía.

Entre letras y esquemas,
te escribo, pausado de ideas,
adulando a tu mal pasada ortografía,
ondeando tu desquebrajada insignia,
oyendo el cantar entonado de tu prosa,
en un día de otoño,
en un día de pascua de inmensa monotonía.



Francisco Vernet

México D.F. - 1964

La forastera

Vieron como la cazadora llegaba al atardecer, con sus cabellos cortos y salvajes al igual que sus ojos fieros y oscuros.

Sus botas y espuelas pronto se hicieron sonar en la cantina del pueblo. La música cesó unos instantes hasta que la forastera pidió un Bourbon. Encendió un puro y aspiró el humo con claro placer en el rostro.

Cuando el posadero se disponía a retirar la botella, ella lo agarró por el hombro.

—Déjala conmigo y tráeme al que haya colgado este anuncio —dijo la cazadora mientras posaba un cartel de “se busca” sobre la barra—. Tenemos que hablar de negocios.

El posadero silbó, y un hombre corpulento lleno de granos se acercó a la forastera.

—Tendrás que ponerte a la cola —dijo el supuesto dueño del anuncio mientras señalaba a un grupo de jugadores de cartas—. No eres la única con buena puntería y la bolsa vacía.

La cazadora apuró el Bourbon hasta la última gota. Cogió un saquillo de cuero y vació su contenido sobre el anuncio. Cuatro ojos completamente negros rodaron sobre la mesa.

El posadero contuvo el aliento durante un breve periodo de tiempo hasta que por fin consiguió articular palabra.

—Dos vampiros... ¿tú sola?

La cazadora no respondió al posadero. Dio una calada a su puro. Lanzó todo el humo sobre la cara del hombre granulado.

—Esos hombres de ahí con bonitos y relucientes revólveres ¿traen algo como esto de aval?

El hombre de los granos, miró de reojo al variopinto grupo y luego susurrando, le contestó:

—El empleo es tuyo. Pero me temo que no dejaran escapar el trabajo tan fácilmente esos caballeros de la mesa.

—Esos señores no son cazadores, solo ladrones de ganado. Solo servirán para dar faena al carpintero y al enterrador.

—No me he presentado. Por aquí me conocen como el alcalde Jerom. Si consigue dar por terminada la misión antes de que todo el poblado tenga que emigrar, podrá buscarme en el Cabildo.

La forastera no dijo su nombre. Se limitó a asentir con la cabeza, apuró un nuevo vaso y volvió sobre sus pasos dejando los ojos negros sobre el mostrador.

Los aspirantes al empleo de cazador, no dejaron pasar la escena y vieron como se alejaba. Aunque apreciaban el dinero, aún apreciaban más su pellejo. Por lo que no se interpondrían entre un auténtico cazador y su presa.

La cazadora pagó por que mantuvieran cómoda a su montura con un buen forraje, techo y agua para toda la noche.

Afiló su estilete con esmero. Cargó su rifle y revolver. Se colocó un cubre cuello de cuero endurecido. Dirigió sus pasos al único lugar cercano en el que se acomodaría un grupo de vampiros cerca de su reserva de comida. La mina abandonada. Hacía años que sus reservas de cobre se habían agotado. Era lo suficientemente oscura, amplia, húmeda y cercana a un poblado, como para atraer a cualquiera de su especie.

La luna estaba en lo alto cuando la cazadora se plantó en la entrada de la mina.

No tardaría en salir la familia al completo. Se colocó en un lateral de la entrada.

Trazó un surco de tierra a su alrededor, lo llenó de brea y le prendió fuego con ella en su interior. Afianzó sus botas. Alzó su rifle y esperó.

Poco tardó en escuchar el sonido de pies descalzos deslizándose sobre el suelo húmedo de la mina. El primer vampiro en salir era alto y delgado, con las venas a flor de piel, la boca repleta de dientes largos y afilados, y unos ojos completamente negros que se quedaron fijos en la cazadora. Observó por un instante el fuego y antes de que comenzara a chillar, la cazadora le reventó la cabeza impregnando el aire con un olor a pus y excrementos. Salieron corriendo tres más. Consiguiendo idénticos resultados. El quinto y último era el más grande, y por lo visto el más motivado. Se lanzó con furia contra las llamas. Aún recibiendo cinco balas de rifle repartidos por todo su torso, la cazadora tuvo que rematar la faena con su estilete, cercenando al cansado y medio desangrado vampiro la cabeza, no con poco esfuerzo y estropicio. Sin esperar un ataque más, se lanzó al interior de la mina portando acero y fuego. Seguramente dentro solo quedarían los más débiles o hambrientos.

Lo que vio le resultó curioso y chocante. Cuatro versiones reducidas de los seres que acababa de liquidar minutos antes, devorando ratas y pequeños animales. Guardó su estilete y volvió al poblado.

Dentro de cuatro o cinco años el poblado necesitaría de sus servicios una vez más. A esto lo llamaba ella, caza controlada. Debía mantener su modo de subsistencia.



Ignacio López Castellanos

Asturias, España, 1988

Último trabajo

Con las pocas ramas que Tobías había logrado acumular durante la tarde, encendió un fuego con el que poder preparar un café. Usó su cacerola vieja de cobre para calentar el agua. Uno de sus roídos calcetines de invierno sirvió de filtro. Aunque era reciclado de la noche anterior, le supo a café propio de aristócratas algodoneros.

Tobías había acumulado una cantidad respetable de dinero protegiendo rebaños de señores acaudalados. Sus mayores enemigos en aquellos meses fueron el juego y la bebida. Ambos acabaron con su única forma de sobrevivir al crudo invierno, y sus huesos ya habían visto demasiados. Por ello tuvo que volver a su antiguo oficio. Cazador de ladrones de ganado.

Esa misma noche, tras degustar el café, arrastraría su tripa sobre la loma de una colina y esperaría a que su victima saliera de madrugada para echar la última meada del día.

Como ya había hecho en otras ocasiones, preparó su rifle. Se recostó sobre la hierba alta de una loma, encendió un cigarro y esperó. No había probado bocado en todo el día así que rezaba para que el ruido de sus tripas no hiciera eco en todo el valle.

Como Tobías esperaba, la puerta del chamizo se abrió, pero no era el ladrón de ganado lo que tenía en el punto de mira, sino un niño lampiño siendo acompañado por la presa de Tobías al meadero.

Tobías maldijo y escupió manchándose la barba. Luego escuchó un silbido. Algo no iba bien. El hombre y su hijo entraron corriendo de nuevo a la casucha, para volver a salir armados.

Tobías apagó el cigarro y se lo guardó de nuevo. Poco a poco se dio la vuelta y comenzó a reptar con el rifle a la espalda.

Una voz le comunicó que se detuviera. Tobías se alzó con dificultad. Vio que se trataba de un chico con algo de vello en la cara. Siguió andando e ignoró al muchacho. El ruido de un mosquete anticuado hizo que se agachara. Tobías aferró su rifle y apuntó al chico que desesperado, cargaba nuevamente el mosquete mientras miraba de manera intermitente a su derecha en busca de su familia.

Cuando ya había terminado de cargar el arma, apuntó de nuevo a Tobías. Este escupió y colocó de nuevo su rifle a la espalda.

—¿Qué harás, muchacho? ¿Reventarme las tripas? Piénsalo bien, no habrá marcha atrás —le espetó Tobías.

El mosquete rugió, lanzando fuego, humo y trozos de hierro y cobre. El pecho de Tobías y parte del estómago se tiñó de rojo. Cayó de rodillas y con una sonrisa, pensó que ya no le sonaban las tripas y que el invierno ya no suponía un problema.

Lo último que vio Tobías, fue el rostro velludo del muchacho arrodillado a su lado con la cara cubierta de lágrimas y mocos.



Ignacio López Castellanos

Asturias, España, 1988

Danza

¿Sientes que te falta el aire?

es difícil caminar en aguas turbias y de oleajes violentos,
también lo es encontrarse entre tanta multitud
ser un pez más del cardumen

Respira...

Intenta tomar las bocanadas que te ofrece la naturaleza asfixiada

Camina...

Camina con paranoia,
la melancolía te persigue.

Viajar nunca fue tan triste
pues, algunos viajes no tienen retorno
nos desprendemos de la tierra que siempre solíamos pisar
dejamos en ella nuestra esencia,
las huellas,
que luego serán fósiles,
finalmente serán árboles y selva.

Emigramos y no volvemos más
nos desprendemos de sentimientos.
los no concebidos y los desperdiciados,
inmigramos en nuevos cuerpos y corazones.

Somos migrantes
buscando un rincón en un planeta que luce tan vasto,
pero es tan pequeño e indefenso,
es el mismo aire que inhalamos,
los mismos atardeceres y eclipses que observamos,
luego, se suma la incertidumbre,
el mañana apunta a una nueva tierra.

Danza,
porque el mundo no entiende tu idioma,
danza,
el lenguaje del cuerpo es poesía universal.



Cachalote

(Sebastian Arismendi)

Barcelona, Venezuela - 1994

Nunca hoy

Vivo entre el pasado y el futuro,
un tiempo que ya pasó y otro que no ha llegado
no me encuentro en el presente.

Es la depresión y la ansiedad lo que me hunde
una sombra que me abraza
(y me lleva a los lugares oscuros de la luz)
una tormenta que me jala
(hacia lo que no conozco, hacia lo que temo)
atrapado en dos tiempos,
Es ayer o mañana

Nunca hoy.



Cachalote

(Sebastian Arismendi)

Barcelona, Venezuela - 1994

Se lo que quieras ser



Gregor Clifford acababa de aterrizar en el aeropuerto de Gatwick después de un viaje apacible en primera clase. Venía a visitar a su madre, a quien no veía desde hacía 15 años. Al otro lado de la gruesa ventanilla, un policía con cara de pocos amigos al que enseñaba el pasaporte en el control migratorio le daba el visto bueno. Justo antes de pasar a la zona de cintas de equipaje para recoger la pequeña maleta que había facturado, Clifford se tocó los bolsillos para asegurarse de que no le faltaba nada.

Después de tanto tiempo, no había sido fácil tomar la decisión de contactar con su madre para concertar una cita, aunque sólo fuera durante un instante, en una estación de metro cualquiera. Nada tenía que ver la persona que acababa de tomar tierra con aquella que años atrás dejó escapar todo lo que amaba, aunque, en su fuero interno, Clifford suponía que ciertos aspectos de su personalidad aún se mostraban inalterados. Con total seguridad, la otra persona, aquella que le esperaba a escasos kilómetros, su madre, tampoco sería la misma, pero la esperanza de que pocas cosas hubieran cambiado en ella le ilusionaba.

Su maleta fue la última en aparecer por la bocana de la cinta, y sin embargo ni un ápice de nerviosismo modificó su rostro. Antes de cruzar la puerta electrónica le echó un penúltimo vistazo a su Rolex y se volvió a tocar los bolsillos de su abrigo. La pequeña cajita seguía allí. Con inusitada tranquilidad, oteó el horizonte de la terminal en busca de una barra donde sentarse a tomar un trago. Y mientras saboreaba un Ballantine's de 12 años, no pudo evitar quedarse hipnotizado mirando los juegos y corredurías de una pareja de niños que andaban por allí, y que por el parecido físico debían de ser hermanos.

Aquellos críos le recordaron a sus propios hijos, pues tendrían, más o menos, la misma edad que tenían éstos la última vez que los vio —¿Les habrá ocultado

su abuela la cita que iba a tener lugar en breve? Será lo más probable —se respondió Gregor. La señora Clifford sabía cómo proteger a los suyos y así lo había demostrado decenas de veces. Por mucho que fuera una experta forense, el hecho de acabar con su marido a base de envenenar sus cenas, de manera fría, calculada, y con la precisión de un cirujano, durante meses, sin dejar ninguna huella sospechosa por detrás, estaba al alcance de muy pocas mujeres, y más aún en aquella época.

En otras circunstancias, Gregor se habría pedido un segundo Ballantine's, pero no quería estropear la cita apareciendo en mal estado. Así que se dirigió hacia la estación de trenes de Gatwick para tomar la National Rail Line cuyo destino final era, a su vez, la estación de London Bridge, lugar concretado para la cita. No tenía ni idea de la duración del trayecto, pero estimaba que iba con tiempo de sobra al no haber habido retrasos con los vuelos, por lo que decidió no apresurarse a tomar el tren que estaba a punto de partir. Sacó entonces un cigarrillo de su pitillera y se sentó en un banco con la mirada perdida en la publicidad estática al otro lado del andén. "Become what you want to be" leyó en el cartel patrocinado por la Universidad London South Bank —¿Para qué necesita una universidad gastarse el dinero en publicidad?—. Se preguntó.

Una vez se cerraron las compuertas del vagón, Clifford se percató de que era el único viajero que iba en él, así que se relajó. Introdujo la pequeña maleta de viaje entre sus pies, se despojó del abrigo y lo depositó en el asiento libre que quedaba a su derecha para luego recostar la cabeza hacia atrás apoyándola contra la ventanilla. En la siguiente parada, un joven de rasgos afroamericanos fue el único pasajero en entrar a su vagón. Tenía una gorra de algún equipo de béisbol, zapatillas All-Star y gafas de pasta. El chaval, debajo de su ropa holgada, parecía ser bastante menudo, y Clifford, después de examinarlo visualmente, volvió a sus ensoñaciones. Los párpados empezaban a pesarle y London Bridge era la última parada por lo que se dejó caer en un corto pero profundo sueño del que despertó sobresaltado, varias estaciones después.

Desorientado, tardó unos segundos en volver a ser consciente de dónde se encontraba y del motivo de su presencia en semejante escenario. Una vez regresó al mundo real, instintivamente se acordó de algo y lanzó su mirada al abrigo que seguía en el mismo asiento libre de su derecha. Enseguida buscó en los bolsillos y sobresaltado comprobó que la cajita no estaba. No era lo único que faltaba en aquel vagón, el joven negro tampoco se encontraba ya. Clifford se levantó de su asiento y empezó, sin éxito, a buscar por todos los recovecos del vagón. Y no paró de hacerlo hasta que un brusco frenazo le sorprendió en posición de cuclillas, mientras inspeccionaba los bajos de los asientos, y le obligó a apoyarse con ambas manos en el suelo para no darse de bruces contra la barra metálica vertical que quedó a escasos centímetros de su nariz.

Un sudor frío recorrió todo su cuerpo. En aquella cajita Gregor

guardaba el valioso collar de oro con el que pretendía ganarse el perdón de su madre. Si esto le hubiese ocurrido en cualquier otra circunstancia no le habría temblado el pulso lo más mínimo para sacar su billetera y sustituirlo por otro igual o más caro. Sin embargo, a pocos minutos de la cita, en un país extranjero y sin la más remota idea de dónde se encontraba ahora el regalo, sintió que el mundo se le venía encima. Levantó la mirada y observó los carteles a través de la ventanilla. Se encontraba en la estación Elephant & Castle, es decir, la siguiente sería London Bridge. Entonces se acordó del joven negro de la gorra.

Corrió hasta un extremo y examinó los rostros de los pasajeros del vagón anexo. También había allí pocas personas. Una pareja de ancianos con pinta de endemoniados, una joven con coletas y escote exuberante, otro adolescente jugando con una videoconsola portátil y una mujer de mediana edad leyendo un ejemplar de bolsillo. Justo cuando se cerraban de nuevo las compuertas y el tren emprendía su trayecto hacia su destino final, Clifford se apresuró hacia el otro extremo del vagón, donde realizó la misma operación. Para su sorpresa descubrió allí al joven de la gorra —Ese negrata hijo de puta tenía la cajita escondida, si no fuera así ¿Por qué demonios se habría cambiado de vagón?—. Estaba hablando con una chica, también negra, de más o menos su misma edad —¿Qué pretendía? ¿Regalarle a esa zorra el collar de su madre?

A Gregor los cinco minutos que tardó el tren en alcanzar la parada final le parecieron cinco horas. No podía desviar la mirada del cristal. En cuanto el movimiento se detuvo, y las compuertas se abrieron, todos los pasajeros se apresuraron al andén, pero ninguno fue tan rápido como él. Sin mediar palabra, cuando la feliz pareja se disponía a salir de la estación, se abalanzó sobre aquel muchacho y la emprendió a golpes con él. Los gritos de su acompañante hicieron que pasajeros y transeúntes que por allí se encontraban se quedaran mirando paralizados. La violencia con la que Gregor se empleó para noquear a aquel chico fue con toda probabilidad el motivo de que nadie acudiera a socorrer ni a separar. Una vez dejó a su oponente aturdido sobre el pavimento, Gregor comenzó un minucioso cacheo en busca de la pequeña cajita.

Entonces, se le ocurrió la idea de que su madre podía encontrarse cerca, observándole, y de manera súbita se detuvo. Le faltaban por revisar varios bolsillos, pero no se le pasó por la cabeza terminar con su indagación. De repente, se olvidó del muchacho, se puso en pie, y comenzó a inspeccionar las caras de los que allí estaban. Había demasiada gente, y durante unos breves segundos, les sorprendió a todos ellos mirándole. Aquellos desconocidos habían detenido por un instante sus ajetreadas vidas para contemplar la paliza, y en cuanto ésta terminó, prosiguieron como si nada hubiera ocurrido.

El chaval a sus pies retrocedió unos metros gateando, y poniéndose en pie a la velocidad del rayo huyó despavorido por la puerta que daba a la calle. Poco a poco, la estación se fue despejando, y el tren se volvió a llenar de pasajeros y marchó. No

quedó nadie en el lugar, y si no fuera por unas gafas de pasta destrozadas en el piso, nadie hubiera podido afirmar que en aquel lugar había habido una pelea. La vida continuó, y allí quedó un solitario Gregor Clifford, preguntándose dónde estaría la cajita, dónde estaría su madre, dónde estarían sus hijos, y dónde habría quedado la dignidad que un día creyó tener.



Víctor Álex Hernández

La Palma (Canarias), España - 1978

Tres cuentos reales

Un lamento

Estando tan lejos y perdidos se lamentaban de no haber traído baterías de repuesto.

Una pregunta

Mientras veían la estrella permanentemente se preguntaban adónde se había ido el sol.

Una decisión

Uno quiso traer pachulí pero como todos lo tildaron de vulgar, decidió traer mirra.



Naida Saavedra

Maracaibo, Venezuela - 1979

Estados Unidos

Mi príncipe azul

Y a de niña,
creía en los príncipes “azules”,
mas...
De joven descubriría,
que lo que nos gustan
son los chicos buenos,
y corrientes,
a veces...
Con una “pizca”
de “niño malo.”

Para cuando te das cuenta,
pasaron aquellos maravillosos
años;
años de rebeldía,
y...
Nuevas experiencias,
del primer amor,
de enamoramientos,
y por qué no decirlo...
De algún que otro desengaño.

Con el tiempo encontraría
el que para mí,
es hoy,
no príncipe, sino rey,
el señor de mi castillo,
el de mi casa;
con el cual,
fruto del amor
que nos procesamos,
logré por fin...
Aquel príncipe azul
el que de pequeña ansiaba,
“mi príncipe”

nuestro príncipe e hijo,
el fruto de ese amor,
que a veces
es maravilloso

y otras, las menos,
nos da...
Algún que otro tropiezo.

Hoy,
apenas un mes después,
de aquel que fuera
nuestro gran día,
Me siento,
más mujer que nunca,
madre y esposa;
mi pequeño príncipe,
tal vez,
no sea azul,
pero seguro,
que acabará siendo...
El rey de su casa.

Don



Dedicado, a una esposa y reciente madre, en la que
seguro será... La mejor época de su vida.
La Emperatriz y Soberana, de su hogar
Doña... Verónica



Don Irtxema

*Vitoria-Gasteiz, Alava-Araba,
España, 1957*

Acompáñame

Me ciegan las imágenes que refleja la luz y consigo ver a través de mi mente en la oscuridad, imagen tras imagen van conformando mi realidad que se nutre del universo infinito que palpita a mi alrededor, distraendo todos mis sentidos, encandilando mi curiosa existencia y dejando pasar lo que llamo vida correr bajo mis pies.

Soy como una semilla que se deja llevar por un vendaval, una mota de polvo que se lanza al viento para averiguar de dónde viene esa melodía que vuela sobre mi cabeza diciéndome ven, acompáñame, recorre conmigo a través de los vastos bosques que danzan con mi llegada, surquemos los ardientes desiertos que se tiñen de oro con la luz del día, sorteemos las olas que surcan todos los mares y que intenta sin conseguirlo acallar mi voz con el rugir de su furia, furia que levanto a mi paso dejando mi huella en cada sitio por el que me deslizo, visita conmigo los humedales y mira como las aves alzan el vuelo con mi llegada, dejándose acariciar, ven, ven conmigo y siente la libertad.

Coge mi mano y acompáñame a visitar el tiempo que dejo pasar y que después recogeré para volverlo a mirar a los ojos y decirle que algún día regresaré otra vez, ven conmigo y fúndete con la oscuridad que aviva tu pensamiento, que te hace formar parte de este todo que te deja aislado en la nada de tu ser, acompáñame en este tiempo que pasa por tu vida o la vida que pasa por tu tiempo dejando su huella, o sé la vida que moldea el tiempo para ser tu propia razón que aviva tu ser, y vuelve a sentirte una vez más como aquella pluma de golondrina que decidió soltarse de sus alas para volar en libertad, que se dejó seducir por mi canto que levanto cuando decido correr, cuando decido ser el viento.



Henry Govani Aguiar Sanchez

Pretoria, Ecuador - 1975

Sant Feliu de Guixols, Cataluña, España

Las ovejas

“*Libranos de la fiera tiranía
de los humanos, Jove omnipotente
¡una oveja decía,
entregando el vellón a la tijera!
que en nuestra pobre gente
hace el pastor más daño
en la semana, que en el mes o el año
la garra de los tigres nos hiciera.*

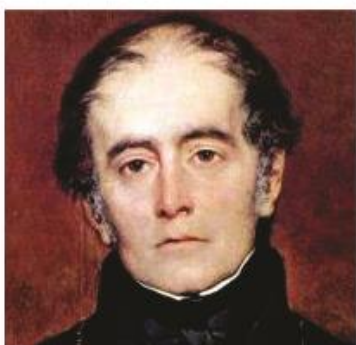
Vengan, padre común de los vivientes,
los veranos ardientes;
venga el invierno frío,
y danos por albergue el bosque umbrío,
dejándonos vivir independientes,
donde jamás oigamos la zampoña
aborrecida, que nos da la roña,
ni veamos armado
del maldito cayado
al hombre destructor que nos maltrata,
y nos trasquila, y ciento a ciento mata.

Suelta la liebre paca
de lo que gusta, y va donde le place,
sin zagal, sin redil y sin cencerro;
y las tristes ovejas ¡duro caso!
si hemos de dar un paso,
tenemos que pedir licencia al perro.

Viste y abriga al hombre nuestra lana;
el carnero es su vianda cotidiana;
y cuando airado envías a la tierra,
por sus delitos, hambre, peste o guerra,
¿quién ha visto que corra sangre humana?
en tus altares? No: la oveja sola
para aplacar tu cólera se inmola.

Él lo peca, y nosotras lo pagamos.
 ¿Y es razón que sujetas al gobierno
 de esta malvada raza, Dios eterno,
 para siempre vivamos?
 ¿Qué te costaba darnos, si ordenabas
 que fuésemos esclavas,
 menos crüeles amos?
 Que matanza a matanza y robo a robo,
 harto más fiera es el pastor que el lobo".

Mientras que así se queja
 la sin ventura oveja
 la monda piel fregándose en la grama,
 y el vulgo de inocentes baladores
 ¡vivan los lobos! clama
 y ¡mueran los pastores!
 y en súbito rebato
 cunde el pronunciamiento de hato en hato
 el senado ovejuno
 "¡ah!" dice, "todo es uno".



Andrés Bello

*Caracas, Venezuela 1781
 Santiago de Chile, Chile 1865*

Y va de cuento

Miguel, el héroe de mi cuento, habíanle pedido uno. ¿Héroe? ¡Héroe, sí! ¿Y por qué? -preguntará el lector-. Pues primero, porque casi todos los protagonistas de los cuentos y de los poemas deber ser héroes, y ello por definición. ¿Por definición? ¡Sí! Y si no, veámoslo.

P.- ¿Qué es un héroe?

R.- Uno que da ocasión a que se pueda escribir sobre él un poema épico, un epinicio, un epitafio, un cuento, un epigrama, o siquiera una gacetilla o una mera frase.

Aquiles es héroe porque le hizo tal Homero, o quien fuese, al componer la *Iliada*. Somos, pues, los escritores -¡oh noble sacerdocio!- los que para nuestro uso y satisfacción hacemos los héroes, y no habría heroísmo si no hubiese literatura. Eso de los héroes ignorados es una mandanga para consuelo de simples. ¡Ser héroe es ser cantado!

Y, además, era héroe el Miguel de mi cuento porque le habían pedido uno. Aquel a quien se le pida un cuento es, por el hecho mismo de pedírselo, un héroe, y el que se lo pide es otro héroe. Héroes los dos. Era, pues, héroe mi Miguel, a quien le pidió Emilio un cuento, y era héroe mi Emilio, que pidió el cuento a Miguel. Y así va avanzando este que escribo. Es decir, burla, burlando, van los dos delante.

Y mi héroe, delante de las blancas y agarbanzadas cuartillas, fijos en ellas los ojos, la cabeza entre las palmas de las manos y de codos sobre la mesilla de trabajo -y con esta descripción me parece que el lector estará viéndole mucho mejor que si viniese ilustrado esto-, se decía: «Y bien, ¿sobre qué escribo ahora yo el cuento que se me pide? ¡Ahí es nada, escribir un cuento quien, como yo, no es cuentista de profesión! Porque hay el novelista que escribe novelas, una, dos, tres o más al año, y el hombre que las escribe cuando ellas le vienen de suyo. ¡Y yo no soy un cuentista!...

Y no, el Miguel de mi cuento no era un cuentista. Cuando por acaso los hacía, sacábalos, o de algo que, visto u oído, habíale herido la imaginación, o de lo más profundo de sus entrañas. Y esto de sacar cuentos de lo hondo de las entrañas, esto de convertir en literatura las más íntimas tormentas del espíritu, los más espirituales dolores de la mente, ¡oh, en cuanto a esto!... En cuanto a esto, han dicho tanto ya los poetas líricos de todos los tiempos y países, que nos queda ya muy poco por decir.

Y luego los cuentos de mi héroe tenían para el común de los lectores de cuentos -los cuales forman una clase especial dentro de la general de los lectores- un gravísimo inconveniente, cual es el de que en ellos no había argumento, lo que se llama argumento. Daba mucha más importancia a las perlas que no al hilo en que van ensartadas, y para el lector de cuentos lo importante es la hilación, así, con hache, y no ilación, sin ella, como nos empeñamos en escribir los más o menos latinistas que hemos dado en la flor de pensar y enseñar que ese vocablo deriva de infero, fers, intuli, illatum. (No olviden ustedes que soy catedrático, y de yo serlo comen mis hijos, aunque alguna vez merienden de un cuento perdido.)

Y estoy a la mitad de otro cuarteto.

Para el héroe de mi cuento, el cuento no es sino un pretexto para observaciones más o menos ingeniosas, rasgos de fantasía, paradojas, etc., etc. Y esto, francamente, es rebajar la dignidad del cuento, que tiene un valor sustantivo -creo que se dice así- en sí mismo y por sí mismo. Miguel no creía que lo importante era el interés de la narración y que el lector se fuese diciendo para sí mismo en cada momento de ella: «Y ahora, ¿qué vendrá?», o bien: «¿Y cómo acabará esto?». Sabía, además, que hay quien empieza una de esas novelas enormemente interesantes, va a ver en las últimas páginas el desenlace y ya no lee más.

Por lo cual creía que una buena novela no debe tener desenlace, como no lo tiene, de ordinario, la vida. O debe tener dos o más, expuestos a dos o más columnas, y que el lector escoja entre ellos el que más le agrada. Lo que es soberanamente arbitrario. Y mi este Miguel era de lo más arbitrario que darse puede.

En un buen cuento, lo más importante son las situaciones y las transiciones. Sobre todo estas últimas. ¡Las transiciones, oh! Y respecto a aquellas, es lo que decía el famoso melodramaturgo d'Ennery: «En un drama (y quien dice drama dice cuento), lo importante son las situaciones; componga usted una situación patética y emocionante, e importa poco lo que en ella digan los personajes, porque el público, cuando llora, no oye». ¡Qué profunda observación esta de que el público, cuando llora, no oye! Uno que había sido apuntador del gran actor Antonio Vico me decía que, representando este una vez *La muerte civil*, cuando entre dos sillas hacía que se moría, y las señoras le miraban con los gemelos para taparse con ellos las lágrimas y los caballeros hacían que se sonaban para enjugárselas, el gran Vico, entre hipíos estertóricos y en frases entrecortadas de agonía, estaba dando a él, al apuntador, unos encargos para contaduría. ¡Lo que tiene el saber hacer llorar!

Sí; el que en un cuento, como en un drama, sabe hacer llorar o reír, puede en él decir lo que se le antoje. El público, cuando llora o cuando se ríe no se entera. Y el

héroe de mi cuento tenía la pernicioso y petulante manía de que el público -¡su público, claro está!- se enterase de lo que él escribía. ¡Habrased visto pretensión semejante!

Permítame el lector que interrumpa un momento el hilo de la narración de mi cuento, faltando al precepto literario de la impersonalidad del cuentista (véase la *Correspondance* de Flaubert, en cualquiera de sus cinco volúmenes *Oeuvres complètes*, París, Louis Conard, libraire-éditeur, MDCCCXX), para protestar de esa pretensión ridícula del héroe de mi cuento de que su público se interesa de lo que él escribía. ¿Es que no sabía que la más de las personas leen para no enterarse? ¡Harto tiene cada uno con sus propias penas y sus propios pesares y cavilaciones para que vengan metiéndole otros! Cuando yo, a la mañana, a la hora del chocolate, tomo el periódico del día, es para distraerme, para pasar el rato. Y sabido es el aforismo de aquel sabio granadino: «La cuestión es pasar el rato»; a lo que otro sabio, bilbaíno éste, y que soy yo, añadió: «Pero sin adquirir compromisos serios». Y no hay modo menos comprometedor de pasar el rato que leer el periódico. Y si cojo una novela o un cuento no es para que de reflejo suscite mis hondas preocupaciones y mis penas, sino para que me distraiga de ellas. Y por eso no me entero de lo que leo, y hasta leo para no enterarme...

Pero el héroe de mi cuento era un petulante que quería escribir para que se enterasen, y, es natural, así no puede ser, no le resultaba cuanto escribía sino paradojas.

¿Que qué es esto de una paradoja? ¡Ah!, yo no lo sé, pero tampoco lo saben los que hablan de ellas con cierto desdén, más o menos fingido; pero nos entendemos, y basta. Y precisamente el chiste de la paradoja, como el del humorismo, estriba en que apenas hay quien hable de ellos y sepan lo que son. La cuestión es pasar el rato, sí, pero sin adquirir compromisos serios; y ¿qué serio compromiso se adquiere tildando a algo de paradoja, sin saber lo que ella sea, o tachándolo de humorístico?

Yo, que, como el héroe de mi cuento, soy también héroe y catedrático de griego, sé lo que etimológicamente quiere decir eso de paradoja: de la preposición para, que indica lateralidad, lo que va de lado o se desvía, y doxa, opinión, y sé que entre paradoja y herejía apenas hay diferencia; pero...

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el cuento? Volvamos, pues, a él.

Dejamos a nuestro héroe -empezando siéndolo mío y ya es tuyo, lector amigo, y mío; esto es, nuestro- de codos sobre la mesa, con los ojos fijos en las blancas cuartillas, etc. (véase la precedente descripción) y diciéndose: «Y bien, ¿sobre qué escribo yo ahora?...».

Esto de ponerse a escribir, no precisamente porque se haya encontrado asunto, sino para encontrarlo, es una de las necesidades más terribles a que se ven expuestos los escritores fabricantes de héroes, y héroes, por lo tanto, ellos mismos. Porque, ¿cuál, sino el de hacer héroes, el de cantarlos, es el supremo heroísmo? Como no sea que el héroe haga a su hacedor, opinión que mantengo muy brillante y profundamente en mi Vida de don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, Madrid, librería de Fernando Fe, 19051 -y sirva esto, de paso, como anuncio-, obra en que sostengo que fue don Quijote el que hizo a Cervantes y no éste a aquél. ¿Y a mí quién me ha hecho, pues? En este caso, no cabe duda que el héroe de mi cuento. Sí, yo no soy sino una fantasía del héroe de mi cuento.

¿Seguimos? Por mí, lector amigo, hasta que usted quiera; pero me temo que esto se convierta en el cuento de nunca acabar. Y así es el de la vida... Aunque, ¡no!, ¡no!, el de la vida se acaba.

Aquí sería buena ocasión, con este pretexto, de disertar sobre la brevedad de esta vida perecedera y la vanidad de sus dichas, lo cual daría a este cuento un cierto carácter moralizador que lo elevara sobre el nivel de esos otros cuentos vulgares que sólo tiran a divertir. Porque el arte debe ser edificante. Voy, por lo tanto, a acabar con una

Moraleja. Todo se acaba en este mundo miserable: hasta los cuentos y la paciencia de los lectores. No sé, pues, abusar.

FIN



Miguel de Unamuno

Bilbao, España 1864

Salamanca, España 1936

CanCIÓN del derrumbe indio

Juntito a mi corazón,
juntito a mí.
Charango, charanguito,
¡Qué dulce voz!

Ayúdame a llorar
el bien que ya perdí.

Charango, charanguito,
¡Qué dulce voz!

Tuve un Imperio del Sol,
grande y feliz.
El blanco me lo quitó,
charanguito.

Llora mi raza vencida
por otra civilización.



Comentarios aparte: 1965, Jorge Cafrune presentaba en Cosquín a una tucumana que cambiaría la historia de la música popular argentina. "Yo me voy a atrever, porque es un atrevimiento lo que voy a hacer ahora, y voy a recibir un tirón de orejas de la

comisión, pero qué le vamos a hacer, siempre he sido así, galopador contra el viento. Les voy a ofrecer el canto de una mujer purísima, que no ha tenido oportunidad de darlo y que, como les digo, aunque se arme bronca, les voy a dejar con ustedes a una tucumana: Mercedes Sosa." Mercedes subió al escenario y cantó "Canción del derrumbe indio", de Fernando Figueredo Iramain, acompañada solo por su bombo. Contrastando con la discriminación política, social y étnica a la que fue sometida por las autoridades de la época, el público estalló en aplausos antes de que finalizara la canción, convirtiéndola en la sorpresa del festival. "Siempre tuve problemas con la comisión, no sé por qué... En ese tiempo porque era comunista y por entonces era mala palabra. Canté con una cajita, nomás. Tuve un éxito muy grande, y ahí ya me contrató la Philips para grabar. Fue una actuación muy importante en mi carrera. Es más: fue la definitiva", recordaba la propia Mercedes.

Las polémicas que dejó Cosquín - La Nación - Espectáculos -
Lunes 10 de febrero de 2014.



Fernando Figueredo Iramain

*San Miguel de Tucumán,
Tucumán, Argentina 1903 - 1974.*

Artificios

- *Mujer*, ¿cuánto te ha costado esta espumadera?
-1,90.

-¿Cómo, tanto? ¡Pero es una barbaridad!

-Sí; es que los agujeros están carísimos. Con esto de la guerra se aprovechan de todo.

-¡Pues la hubieras comprado sin ellos!

-Pero entonces sería un cucharón y ya no serviría para espumar.

-No importa; no hay que pagar de más. Son artificios del mercado de agujeros.

FIN

"El acto sexual es un saludo que intercambian dos almas."

Macedonio Fernández



Macedonio Fernández

Buenos Aires, Argentina 1874 -1952

Silvia Campero

De nuestra portada

(Digitalización de la obra original)

D.I. Silvia Campero, San Miguel de Tucumán, Tucumán, Argentina,
graduada de Diseñadora de Interiores en la Facultad de Artes, U.N.T.

Propietaria de SCestudio, Puerto Vallarta, Jalisco, México,
scestudio.jimdo.com.

